

Bibliografía

ENTRE MAGUEYES Y TORNOS

Victoria Novelo y Augusto Urteaga, *La industria de los magueyales. Trabajo y sindicatos en Ciudad Sahagún*, Editorial Nueva Imagen, México, 1979, 229 páginas.

No es frecuente toparse con un libro que destaque en su lenguaje, en su composición y en sus tesis sociológicas. No es raro que muchas obras cojeen en el estilo, en el desarrollo o en sus conclusiones. Intentaremos demostrar, con el examen de esos tres aspectos, tres antorchas cuya luz aclara la razón de nuestro gusto, por qué nos ha complacido tanto la obra que se reseña.

Respecto al lenguaje, alguien dijo en cierta ocasión que una idea, o un tema cualquiera, puede interesar menos que la forma como está escrita o desarrollada. Esto no se aplica a la obra que nos ocupa, ya que el tema es de profundo interés y el lenguaje utilizado por la acertada combinación de estos autores –en la que no se sabe cuándo comienza Novelo y cuándo termina Urteaga-- dio por resultado un libro admira-

blemente escrito, ameno y despejado, muestra palpable de que es posible hacer sortear al español los numerosos ismos que lo acechan en la actualidad.

Acudir a una frase peculiar del lenguaje cotidiano provoca una respuesta saludable y una reacción positiva en el lector. Tal cosa sucede cuando los autores buscan "...la forma de entrarle al toro característica de la antropología social..." o cuando, imitando al mexicano "echador", rematan el enunciado "con la activa participación de ingenieros mexicanos" con un "¡Faltaba más!". Igual acontece cuando llegan a preguntarse, con una ingenuidad salpicada de malicia, si la compra de tecnología y de *know how* francés se debería decir *savoir faire*.

Novelo y Urteaga ocultan constantemente sus títulos y togas y se colocan, modestos, al nivel de los legos en los misterios de la ciencia social. "Al emprender el estudio los antropólogos nos sentimos en un primer momento en desventaja frente a otros profesionales. . . la discusión metodológica que nació a partir de un susto-enfrentamiento. . ." y declaran que enterraron "cuidadosamente al *continuum folk* urbano, a la modernización, a la pequeña comunidad y, también, a la idea de la coexistencia (pacífica) de modos de producción",

para aplicar como única teoría antropológica “el vínculo con la vida y con la sabiduría popular”. De este modo cumplen con uno de los enunciados de la introducción: “estructurar la monografía partiendo del punto de vista obrero”. En consecuencia, hasta el lenguaje es claro y directo, libre de tecnicismos accesibles sólo a los iniciados.

A veces, al describir la región, la pluma de los autores adquiere una gran fuerza expresiva: “. . . como si todo estuviera teñido de color gris arena —gentes, casas, caminos, burros—, un poco verde amarillento —el chaparro maíz y el trigo— y, también, de verde azulado: magueyes, muchos magueyes; . . . era notoria la presencia de elementos netamente mexicanos: los albañiles, los peones, los magueyes y la tierra árida”.

La descripción del hogar obrero, “el plástico dorado y rojo que recubre las paredes, sillones, sillas y alfombras; las lámparas de ‘cristal cortado’ adquiridas en los grandes almacenes de las ciudades de México o de Pachuca; los aparatosos marcos dorados de estampas con motivos religiosos y las flores de plástico como motivo obsesivo y obsesionante. . .”

El desarrollo de esta “narración-testimonio” se inicia con la descripción de una zona en la cual los magueyes ofrecen el centro de sus corolas enormes como el único alimento que subsiste en la aridez total de la llanura. Magueyes y ruinas de antiguas haciendas, decoradas y fastuosas, en donde, además de los tinacales rebosantes, hace mucho los pobladores de la región trabajaban la tierra y almacenaban frijol, maíz, arverjones, calabazas, habas y cebada. Como una caricatura de aquellos antiguos tinacales hoy se levantan, adosadas a las esquinas de los cascos derruidos, algunas cantinas que preservan el rito de la fabricación del pulque.

En el decenio de los cincuenta, en tiempos del presidente Alemán, se dieron los primeros pasos para levantar lo que sería Ciudad Sahagún, en un sitio en donde se dice que fray Bernardino pasó largas temporadas mientras escribía sus memorias en náhuatl, para hacerse comprender mejor por los mexicanos.

“. . . Empezó a cambiar la cosa y a Sahagún iban a trabajar todos los chamacos de las colonias, los hombrecitos de las colonias que siempre habían andado de pioncitos aquí con la gente que tenía más posibilidades y que los iban a ayudar al campo, se empezaron a ir a Sahagún. De pioneros, de pioneros de rascar, porque vino la maquinaria a arrancar todita la magueyera: aquí en dos, tres meses, dejaron el campo limpio de magueyes. . .”

De la noche a la mañana surgió el Combinado Industrial Sahagún (CIS) en medio del campo de magueyes rodeados de cerros pelones, todo bajo “el estilo mexicano de decisión” y una buena dosis de amiguismo y conveniencias personales, política habitual durante la presidencia de Miguel Alemán.

En *Memorias de un hombre de izquierda* se pregunta Víctor Manuel Villaseñor a quién podía habersele ocurrido la idea de instalar una fábrica en una llanura solitaria. Pues se le ocurrió a varios poderosos, entre ellos el gobernador del estado de Hidalgo, amigo del presidente Alemán y “dueño de tierras colindantes en el valle de Irolo”. Los terrenos donde

se instalaron tanto la ciudad como las empresas se obtuvieron mediante “transas”, según declararon los ejidatarios a los investigadores.

Al trabajar al lado de los expertos y también de antiguos mineros de Pachuca y Real del Monte, los antiguos tlachiqueiros se fueron transformando en proletarios. El cambio en la actividad de los hombres trajo el cambio en el medio. Los magueyes de los llanos de Apam ya no estaban solos en la gris tierra. Se extrajo el corazón de muchos de ellos para poder construir fábricas, viviendas y caminos. El polvo que desde siempre ocultaba el verde olivo de los ya de por sí tristes agaves se comenzó a introducir en las viviendas, mientras el viento “se llevaba los humos, provocaba resfriados entre miles de personas, ahogaba los silbatos de las fábricas y, a veces, también se llevaba los techos”.

Sin desviarse de su camino, los autores siguen paso a paso la siembra, germinación y fruto de un complejo obrero. “Los magueyes se hicieron a un lado. Junto a ellos, frente a ellos, se levantan nuevos brazos que no llegaron para extraer el aguamiel, sino para fabricar automóviles, carros de ferrocarril, carros de Metro, tractores, autobuses, camiones de carga y piezas de acero.”

El CIS se construyó bajo la sola suposición de que “sus habitantes, antes que requerimientos de servicios, serían productores de bienes industriales”. Empero, ello no representó un impedimento para que los obreros se encargaran de transformar poco a poco el trazo uniforme de la ciudad y el gusto utilitario de los arquitectos: incontables antenas de TV comenzaron a apuntar al aire, haciendo olvidar a la gente la otra magia, la del jugo de los agaves. Sin arredrarse por las prohibiciones que dictaba la fría modernidad, se impuso el gusto y la costumbre de la familia mexicana: los colores chillones de los muros rompieron la monotonía del ambiente. Aunque estaba prohibido tener animales domésticos, quizá no sea aventurado afirmar que se multiplicaron los perros, gatos, pericos y jaulas con canarios. También se prohibió cultivar hortalizas, aunque, ¿hay hogar mexicano que se prive de las macetas con geranios, de las latas viejas con epazote, manzanilla y yerbabuena?

Al lado de los incipientes proletarios se comenzó a formar un intento de sindicalismo sano que, entre otros beneficios, logró que los trabajadores no se sintieran residentes de paso en una ciudad prestada, en un “gran dormitorio público”; lograron obtener la propiedad de sus moradas.

Empero, no tardaron en aparecer esos personajes que viven del medro y la corrupción, a costa de los trabajadores y al servicio del poder y el dinero. Se hizo común la frase de “mi compadre es político, está en el sindicato”, relación que significaba la posibilidad de lograr una plaza, un aumento salarial u otro beneficio, aunque ello hiciera mermar el contenido del sobre de la raya semanal.

Los líderes sindicales comenzaron a mostrar su “aptitud” para venderse a las empresas, y a demostrarles a los obreros la injusticia o la equidad de la dirección de éstas, según conviniera a sus intereses personales. “En más de diez años de existencia independiente el sindicato no ha tenido hasta ahora una política reivindicativa suficientemente eficaz [. . .]

tiende a predominar la relación personal no sólo ya informal, sino prácticamente corrupta.”

La obra sigue el proceso de formación de las tres empresas que integran el CIS: Siderúrgica Nacional (Sidena), Diesel Nacional (Dina) y Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril (CNCF), que se fusionaron en 1969.

La CNCF produce principalmente carros para el transporte de mercancías por las vías férreas del país “y la carga que va en esos carros viaja a precios convenientes para los empresarios privados”.

Dina “produce vehículos para transporte de carga y de pasajeros a precios por debajo de sus costos totales (reportan pérdidas por unidad vendida)”, además de que “sus cuentas de deudores evidencian el subsidio que brinda a grandes compañías de transportistas privados”.

Sidena, proveedora de ambas fábricas, “produce ante todo partes a precios ‘sociales’ para otras empresas privadas”. Así, es evidente que “en conjunto, las tres fábricas han prohiado, a través del mecanismo de la integración nacional, las ganancias de las empresas privadas que las abastecen [o que les compran su producción], sean éstas nacionales o extranjeras”.

La administración, representante del “aparato político”, actúa paternalmente con los obreros: “les ayuda a conseguir agua potable, va a las fiestas populares, procura mantener un tono conciliador en los conflictos”, todo a cambio de exigir a los trabajadores “un doble patriotismo: trabajar para México y para el pueblo de México”. Los obreros no son algo más que “depositarios de un pedazo de patria a los que hay que tener contentos produciendo en forma ininterrumpida”.

La demagogia imperante llega a afirmar que en el CIS “no hay patrones ni empresarios, sino trabajadores técnicos, administradores y manuales que luchamos por consolidar nuestra fuente de trabajo”. Se trabaja “para el pueblo, no para los bolsillos de los empresarios”. Sin embargo, se sabe que, en realidad, “la empresa estatal aumenta las ganancias de los empresarios” privados.

Los obreros, buenos discípulos de Andersen, declaran con veracidad que las fábricas “trabajan con pérdidas” y se preguntan: “¿Cómo no va a ser un desastre la fábrica si no hay una buena administración? Y luego le echan la culpa a uno por nuestra baja productividad”. Así, los trabajadores son siempre los que pagan los platos rotos, los que no deben pedir un aumento salarial porque ello hundiría a las empresas. Otros factores es mejor ignorarlos: “Había un señor... que era el concesionario para retirar la chatarra de carros, pero además de sacar la chatarra, sacaba láminas enteras de acero inoxidable que pagaba como chatarra...”

Afirman los trabajadores que “Dina no ha servido al país en abstracto; por el contrario, ha servido al fortalecimiento y desarrollo del sector más poderoso de los propietarios o la clase media urbana bien colocada en la escala de ingresos...” Hasta ahora “ha venido produciendo lo mismo: automóviles para la clase media, camiones y autobuses para los monopolios transportistas”.

Al examinar el trabajo del obrero, los autores describen la situación agobiante de un trabajo manual cuyas condiciones, si bien distintas a las que privaban en tiempos del *Germinal*, de Zola, representan aún para el trabajador una rutina en la cual “todo es imagen fragmentada y visión parcial de un sentido económico que los rebasa, de una política económica y social que desconocen”. Sienten que en medio del ruido, del polvo, de las herramientas, de las máquinas, de las caretas, de las máscaras y hasta de los compañeros “están solos, completamente solos”.

La vida, “para los miles de trabajadores que cotidianamente se pierden en las puertas de las fábricas, semeja un rompecabezas inextricable, anónimo y falta de contenidos personales, familiares, pueblerinos: prefieren contemplarla ‘objetivamente’, ‘realistamente’, como una vida que no depende de ellos, como el trabajo que hay que hacer, que hay que vivir y sufrir para conseguir (de esa empresa, de esa fábrica por la cual ‘no vale la pena dar la vida’) un salario que permita vivir con seguridad con la familia”.

Cualquier intento de los obreros por manifestar su descontento por un trabajo en que son “servidores de una máquina”, meros “ejecutores desprovistos de contenido”, dentro de un “proceso de descalificación progresiva”, será considerado por la “ideología sociológica” como una actitud negativa.

Un obrero con varios años de experiencia se lamentó de que “si quisiera mostrarle a mi hijo mi trabajo, lo traería y le diría mira, te voy a enseñar el agujerito que yo hice a los lados del carro, pero, ¿dónde quedó el agujerito?”

Se agudiza la degradación del trabajo, la conversión del hombre en “ejecutor, operador, apretador de un botón, cargador de una escoba, mezclador de pintura, sin la más mínima iniciativa o posibilidad de controlar su trabajo”. Y la hostilidad se va concentrando en el proletario, quien casi estalla al advertir la desigual y arbitraria distribución de las categorías salariales. Hay obreros profesionales, obreros calificados, obreros especializados y aprendices. Empero, sus salarios y tareas no dependen, en la mayoría de los casos, de su experiencia y capacitación, sino del rumbo que imponga en el ámbito de su trabajo una lucha de intereses que le son ajenos y que se libra entre las direcciones de las empresas y sindicatos.

Los grupos “salariales y de calificación” se reparten de acuerdo con una “lógica capitalista que exige más trabajo descalificado y menos iniciativa”. De acuerdo con el cuadro de calificaciones “82.3% de todos los obreros de Sahagún está envuelto en tareas que requieren una capacitación mínima que se adquiere sobre la marcha. El tipo de trabajo indica que la demanda es por trabajadores no calificados”. Sin embargo, “el privilegio real de los obreros de Sahagún consiste precisamente en ser obreros”, en disponer de un salario “en un país de desempleados”, aunque el trabajo en la fábrica, enajenante, “escamotea toda creatividad e iniciativa en el individuo”. Es por eso, afirman los autores, que “las conductas ‘negativas’ de los obreros siguen siendo la única posibilidad de una conducta positiva, esto es, *subversiva*”. Poco o nada ayudan a los trabajadores las técnicas tayloristas, tales

como las que se aplican a las vacas cuando se las rodea de música suave para que produzcan más leche; nada de eso ayuda a aquellos que realizan el trabajo manual más embrutecedor y maquinal de todos, aquellos que sienten vivir "una vida sin humanidad".

Desde 1969 se comenzó a mezclar con el polvo y los ruidos atronadores, con esos ruidos con los cuales "quien trabaje más de tres meses seguidos se vuelve loco", un aire transparente de insurgencia sindical, una alianza de disidentes compuesta por obreros experimentados y expertos, aunque profanos, a pesar de todo, en el tejemaneje de los zorros que conducen la vida sindical aceptada por las empresas.

De ese brote surgió, en 1971, la semilla que dio forma al grupo Unión y Progreso, "como una respuesta a la crisis manifiesta de una empresa y un liderazgo sindical incapaces de solucionar o brindar opciones a la situación de la desorganización productiva".

Circulaban volantes con la imagen de un maguey acompañado de un manojo de espigas, abundancia que debería haber surgido al unirse la fuerza del obrero y el campesino en el trabajo fabril. Las metas del combativo grupo eran democratizar la vida sindical, combatir la carestía de la vida con la ayuda de tiendas de consumo popular, reordenar la marcha de la producción en la CNCF mediante "la participación de los trabajadores y para que éstos no siguieran siendo máquinas", promover la capacitación técnica, media y superior y elaborar, incluso, un programa de trabajo "para la producción de carros de ferrocarril proyectando las necesidades nacionales por lo menos en seis años". Además se intentaría bloquear "las compras de chatarra a las compañías ferroviarias de Estados Unidos" y eliminar a los nefandos contratistas, tanto en la CNCF como en todo el CIS, puesto que impedían "que la base técnica instalada trabajara al máximo de su capacidad".

En dos años, Unión y Progreso obtuvo una influencia considerable en todo el CIS, y pronto los grupos sindicales tradicionales formaron Unificación 11 de Julio, una especie de grupo de choque encargado de desacreditar al sindicalismo independiente. Un obrero de Unión y Progreso declaró que "posiblemente estábamos soñando con nuestra manera de trabajar... porque en la medida en que tengamos democracia en los sindicatos nacionales, imagínese, las cosas van a tener que cambiar, pero si es todo lo contrario, pues estamos fregados".

El 16 de julio de 1976, cuando el ejército y los grupos de choque del sindicalismo más corrupto "irrumperon en las instalaciones de la industria eléctrica para impedir la huelga convocada por la Tendencia Democrática" desapareció del CIS una situación que "había conmovido a todo el país". Un alto funcionario, partidario del sindicalismo oficial, declaraba que "un sindicato responsable no pone en peligro la fuente de trabajo". El CIS no podía ser una excepción. En su aislamiento se apaga todo brote de sindicalismo sano. Opinan los obreros que "preocupa más al gobierno la sindicalización de otros trabajadores de confianza de otras empresas privadas o estatales que la solución de nuestro problema". En el CIS se advierte, quizá con mayor nitidez, que "la lucha de clases, la democracia sindical y la independencia del movimiento

obrero respecto del Estado son principios que la CTM abandona paulatina pero inexorablemente".¹

En su desarrollo, la obra sigue esa órbita que caracteriza a una buena narración. Desde que se siembra el CIS al azar entre los magueyales, casi sin planeación (¿no opera casi constantemente con números rojos?) hasta que, casi en las últimas páginas, se narran los brotes de disidencia sindical, se sigue una curva emotiva en ascenso que desciende bruscamente después de la derrota total de los obreros independientes.

La descripción del suceso nos recuerda un film italiano (*La huelga*) en el cual se presenta el mismo arrojito, convencimiento, ardor, compañerismo y decisión que en los obreros independientes de Sahagún.

Cierto que en las huelgas del CIS ya no hay niños, sólo mujeres y hombres, muy distintos en parte a los hombres, mujeres y niños explotados por la fábrica en la Italia de fines del siglo pasado. Los gruesos vestidos, remendados con destreza, de los proletarios italianos, son ahora overoles y zapatos nuevos y recios, guantes, caretas y máscaras.

Hoy no consumen un enorme pedazo de pan con salchichón, como sus hermanos de aquella Italia. Cuentan con comedores que les brindan una variada alimentación e, incluso, con un litro de leche extra para reforzar la salud de aquellos que realizan las tareas más peligrosas y dañinas.

Además, en el film que evocamos no se habla todavía de derecho obrero ni de sindicalismo. Hoy, en cambio, los sindicatos se sitúan al par con las empresas. Sin embargo, ¿no fue igual el final de la lucha? En ambos casos "los huelguistas empezaron a buscar otras colocaciones, algunos volvieron a la planta aceptando condiciones humillantes de trabajo y sujetos a la represión directa de la empresa..." Quizá el gobierno de Italia también declaró que "han perdido su trabajo por haberse declarado ilegal la huelga y haber sido rescindidos sus contratos de trabajo..." *Graciela Phillips*.

DESARROLLO ECONOMICO LATINOAMERICANO (SIGLOS XVI AL XX)

Enrique Florescano (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, 438 páginas.

Parte considerable de este libro está dedicado a México: desde el trabajo de Pedro Carrasco hasta el de John H. Coatsworth, inclusive, son seis los de tema mexicano. Y más aún, suele estar presente nuestro país en varios de los estudios generales que siguen, como en el de Sergio Bagú. Además de este conocido científico social y de los ya nombrados figuran otros de Sudamérica y también los hay mexicanos y norteamericanos: Johanna Broda, Angel Palerm, J.I. Israel, Claude Morin, John V. Murra, Marcello Carma-

1. Juan F. Leal y José Woldenberg, "El sindicalismo mexicano, aspectos organizativos", en *Cuadernos Políticos*, núm. 7, Ediciones Era, México, enero-marzo de 1976, p. 40.

gnani, Carlos Sempat Assadourian, D.A. Brading y Ciro Flamarión S. Cardoso.

Todos estos trabajos se han presentado bajo la égida del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), dentro de su Comisión de Historia Económica, cuyo primer simposio celebróse en 1970 en Lima. Ya es notable el impulso que se ha dado así a la investigación económica de América Latina, como lo demuestran estos estudios.

La historia económica de nuestra América es propicia para vincular las teorías generales del desarrollo social con la historia, por esencia conocimiento empírico. Los resultados que aquí se dan son el fruto de la investigación interdisciplinaria.

De ese modo, como lo pone de relieve el doctor Florescano en la nota de advertencia, el progresivo acercamiento entre la investigación empírica y la teoría de los procesos generales de desarrollo social ha sido constante.

Esto ha servido, en buena hora, para rectificar las teorías que, por simple y mecánica transposición a América Latina, querían aplicar las explicaciones europeas a nuestra realidad histórica. Ahora hay un pensamiento analítico latinoamericano cada vez más crítico, autónomo y creador.

“La disciplina que se ocupa de la historia de la economía latinoamericana es un resultado de este gran proceso de transformación ocurrido en las ciencias sociales... En las décadas de los cincuenta y sesenta, la interpretación económica de la historia latinoamericana se convirtió en base de las principales explicaciones de la formación social latinoamericana... Los enfoques y métodos de la historia económica francesa y de la *New Economic History* norteamericana comenzaron a ser conocidos y debatidos en los medios académicos latinoamericanos...”, afirma el doctor Florescano.

Convendría iniciar esta reseña por los seis trabajos que, de los doce incluidos en el libro, no se refieren estrictamente a México, por la razón de su generalidad; también porque de ese modo el lector nuestro trabará conocimiento con distinguidos exponentes del pensamiento socioeconómico del cono sur. De los ensayos generales sobre América Latina, iremos a los que son singulares o particulares. Todos ellos nos abren nuevas perspectivas teóricas, que permiten mejores y clarificadoras explicaciones de asuntos que atañen al desarrollo económico de nuestro ámbito latinoamericano.

Carmagnani nos habla, en primer término, de los elementos característicos de la economía latinoamericana de los siglos XVI al XVIII. Se tiene que explicar el papel de la realidad histórica y de la teoría económica interpretativa, asignándoles la dimensión funcional necesaria a las dos, con vistas al objetivo que se analiza: un sistema económico.

La teoría económica nos permitirá conocer los diferentes elementos de la realidad histórica, que pueden caracterizar un sistema.

Se parte, en este ensayo, de los supuestos teóricos siguientes: a] la reconstrucción histórica de un sistema económico deberá contener los diferentes procesos lógicos que lo determinan y establecer los más importantes; b] las diferentes

lógicas económicas se visualizan principalmente en la producción; c] ésta será entendida como el modo en que se organizan y regulan los factores objetivos y subjetivos, las relaciones y fuerzas productivas (modos de producción); d] la circulación y el consumo son la prolongación, en el espacio y en el tiempo, del modo de producción dominante.

Continúa con el análisis del peculiar sistema económico feudal, al que, por conspicuo, podría llamarse feudaloide, podría pensar el lector, para luego encontrarse con la afirmación de que: “definir como feudal el sistema económico existente en América Latina no necesariamente implica que la América Latina entre el siglo XVI y el XVII fue feudal. Estas reflexiones cubren sólo una parte de la realidad histórica total...” (p. 220). Esto incita, naturalmente, al análisis de este ensayo y del sistema “feudal” que, según algunos autores, llega en México hasta principios de este siglo.

Sempat Assadourian ensaya sobre la producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial. Afirma que Europa sólo podía ser impulsada a la práctica de la colonización por causa de una mercancía muy específica, la moneda mundial de la época: el oro y la plata, con su gran peso específico natural y su otro peso específico, el económico, como valor de cambio, al decir de Marx, según cita del autor (p. 224).

En consecuencia, la economía europea era un mercado prácticamente cerrado a la producción agraria del espacio colonial, excepto en los casos de complementación industrial, como se sabe bien (el de las materias colorantes es claro). Lo que realmente interesaba por ser lo práctico, además, era que esos metales preciosos aseguraban la continuidad y ampliación del comercio entre el viejo y el nuevo continente.

Se toma como ejemplo ilustrativo el caso del espacio peruano en el siglo XVI, donde la minería y la producción de la mercancía-dinero condicionaron hasta la fe, como lo afirma el célebre documento denominado Anónimo de Yucay, del siglo XVI (*Historia y Cultura*, núm. 4, Lima, 1970): “Así digo destos indios que uno de los medios de predestinación y salvación fueron estas minas, tesoros y riquezas, porque vemos claramente que donde las ay va el Evangelio bolando y en competencia, y adonde no las ay, sino pobres, es medio de reprobación, porque jamás llega allí el Evangelio, como por gran experiencia se ve, que a tierras donde no ay este dote de oro y plata, ni ay soldado ni capitán que quiera ir, ni aún ministro del Evangelio.”

Por el oro y por la plata, pues, llegaron atropelladamente a estas tierras la cruz y la espada. Sin ellas no hubiera habido ni rey, ni roque, ni Papa, ni monje; pero gracias a Dios hubo la mercancía-moneda y todo se arregló para la salvación de las almas. Como el célebre Anónimo de Yucay, este ensayo no tiene desperdicio al estudiar la demanda de mercancías en la producción de la mercancía-dinero, mediante el análisis del caso del espacio peruano en el siglo XVI, representado por la bonanza del Potosí. Para ello estudia la demanda de medios de producción (en dos etapas: la fundición indígena en las *huayras* y la transformación del metal con azogue, técnica española) y la demanda de medios de subsistencia, con su respectiva circulación de mercancías.

Asimismo, se estudia la fuerza de trabajo y la energía campesina en la producción del dinero como mercancía también en dos etapas: la de la *huayra* y la del azogue, que causa la ruina de la metalurgia nativa; igualmente, se examina el tránsito de la renta en productos a la renta en dinero y el subsidio de la economía campesina a la producción minera. Se termina este ensayo con las formas de trabajo en la producción agraria de mercancías.

Se interesará el lector, seguramente, al considerar que los indios descendientes de los incas eran también metalúrgicos (no se deslomaban únicamente en labores primarias) y en saber hasta qué punto fueron precursores de Bartolomé de Medina que estableció el sistema de amalgamación en México, a base de mercurio. De aquí se llevó a Perú, donde había yacimientos del famoso azogue (Huancavelica), más importantes que en México. Conste que el *soroche* que usaban los quechuas para fundir y amalgamar es también mercurio, según acepción corriente en Sudamérica. Averígüenlo los doctos.

“El mercantilismo ibérico y el crecimiento económico en la América Latina del siglo XVIII”, de Brading, constituye todo un corolario muy perspicaz de lo ya sabido y aportado por el mismo autor sobre la acelerada decadencia del Imperio español y las acciones regeneradoras, realmente admirables, de los regímenes borbónicos de la Ilustración, pero, en la misma medida, muestras de brillante impotencia. Aprendamos de las lecciones de la historia: la mucha administración no podrá suplir nunca a la buena política, como equivocadamente pretendió el buen administrador que fue don Porfirio Díaz y hoy sus alumnos neoporfirícos.

Sobre la “Problemática de la transición al capitalismo dependiente en Latinoamérica y el Caribe”, ensaya Cardoso en las condiciones del siglo XIX. He aquí un excelente trabajo sobre el capitalismo llamado periférico, dependiente o subdesarrollado, cuando ya son libres políticamente los países de América Latina, aunque continuaron con estructuras económicas muy semejantes a las de la época del mercantilismo colonial.

La hipótesis de trabajo fundamental del autor es como sigue: los elementos más importantes en la explicación de las formas y de la duración del proceso de transición al capitalismo dependiente son los que definen los tipos y grados de cristalización de los sistemas económicos-sociales conformados durante la Colonia. En las regiones euroafricanas de América Latina, el proceso de transición parte de la abolición de la esclavitud; en las regiones euroindígenas, el centro de ese proceso es la llamada reforma liberal. En otras regiones que no se articularon vigorosamente dentro de las estructuras coloniales, la transición se opera a través de otros procesos. Considera también el caso de transiciones frustradas.

En el paso limitado o precario al capitalismo, el autor señala que un punto importante ha sido el cambio de actitud hacia las supervivencias, o sea los elementos arcaizantes en el seno del capitalismo latinoamericano, que deberá considerarse como fases naturales de la evolución.

Sergio Bagú, el destacado científico social de América del Sur, toca el problema de las supervivencias en su ensayo

“Población, recursos naturales y neoarcaísmo organizativo en la economía latinoamericana del siglo XX”.

Lo que motiva su trabajo, según el propio autor, es la posibilidad de encontrar la relación orgánica entre los ritmos del crecimiento de la población, su distribución en un espacio social (suma de recursos naturales más sistemas socioeconómicos), y la presencia de formas de organización arcaicas en el campo y en la ciudad. Estas pueden ser el fruto de una perduración más que secular, o bien el reinvento de lo arcaico a mayor escala dentro del torbellino de lo moderno.

El especialista se pone al habla en lenguaje llano para decirnos: “En el fondo nuestra preocupación se nutre de lo que también podríamos plantear en estilo más empírico, aunque más vigoroso: en América Latina, ¿hay cada día más pobres, a pesar de que los ricos de hoy son más ricos que los de ayer?” (p. 370).

La aportación de Bagú en este libro nos parece particularmente valiosa. En México nos ayuda en el análisis de la debatida cuestión de si realmente la Revolución mexicana fue verdaderamente antifeudal, por presentar caracteres de ese tipo involutivo en grado o sustancia las anteriores etapas. Esta es cuestión aún tan debatida que se ha llegado a afirmar que el proyecto económico de ese movimiento, en último resultado, viene a ser el mismo que el de su antítesis en el período porfirista. Así se podrían explicar, en suma, los procesos reversibles en la materia. Los sistemas de explotación económica, de ese modo, por ser en la base los mismos, echan mano de cualquier recurso de la despensa histórica, por muy anacrónico que sea en el campo de la ideología, por necesidad o conveniencia.

Este ensayo resulta esclarecedor sobre la génesis y alcances del capitalismo dependiente o periférico en América Latina, tras de un análisis paralelo tomando los casos del capitalismo central o nuclear de los países de antigua cepa en el desarrollo.

“Contrariamente a lo que ocurre en algunas regiones de Asia y Africa, las estructuras sociales en América Latina... son la consecuencia de un mecanismo productivo capitalista cuya capacidad de crecimiento alcanza tempranamente su nivel de saturación. Este capitalismo no encuentra en el continente formas organizativas preexistentes que [se] le puedan enfrentar...”, afirma el autor. Explica que la mayoría de los latinoamericanos vive dentro de estructuras sociales creadas por el macrosistema del capitalismo dependiente en forma directa, o bien ha caído en el atraso; que tanto en el primer caso cuanto en el segundo, lo que hay de arcaísmos organizativos es de creación relativamente reciente o, en otras palabras, la miseria obliga a redescubrir los mediterráneos.

Con respecto al último trabajo de esta parte de nuestro comentario, el artículo de Murra, “Límites y limitaciones del ‘archipiélago vertical’ en los Andes”, dice con razón Cardoso en su breve texto de presentación que “sintetiza la teoría de la integración de diversos pisos ecológicos en un ‘archipiélago vertical’, que viene desarrollando desde 1964, y que presenta como un rasgo específico de la zona andina”. Después de

exponer su modelo, Murra trata de buscar sus límites estructurales e históricos en el período prehispánico y en fases posteriores de la historia peruana.

Por su particularidad, este trabajo puede agruparse con los que monográficamente se refieren a México y que ocupan toda la primera parte de este libro.

Destaca desde luego entre estos últimos el de Pedro Carrasco sobre el tema de la economía prehispánica de México. Esta monografía ya había sido publicada *in extenso* en el libro *Economía política e ideología en el México prehispánico* que fue reseñado ya en *Comercio Exterior* (vol. 29, núm. 8, de agosto de 1979). Publicado ahora en estos *Ensayos* gana en concisión, y no pierde en profundidad. Conquistará nuevos lectores, aparte de los adictos a las publicaciones patrocinadas por el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Sobre la extracción del excedente económico en las comunidades indígenas de las épocas prehispánica y colonial ensaya Johanna Broda. Su trabajo viene a ser como un puente entre el anterior de Pedro Carrasco y el subsiguiente de Ángel Palerm acerca de la formación del sistema colonial. La autora da sugerencias valiosas, pero no demuestra que las relaciones señoriales a que alude en la institución del *teccali*, por ejemplo, sean feudales; tampoco acerca de que lo predominante fuesen formas de explotación individual de la tierra.

Respecto de lo primero (las características del Estado mexica), no puede extraerse, ni mucho menos, la idea de una serie de agregados o compartimentos feudales, como pudo haberlo sido en Europa antes del predominio del poder real. Además, hay dificultad para ubicar a un tipo de campesino "libre" dentro de las formas de explotación de la tierra en el mundo prehispánico. El carácter preponderantemente ceremonial de la sociedad mexica, con su rigurosa estratificación, impediría todo individualismo al estilo occidental, dentro del cuadro de ideas que expone precisamente Pedro Carrasco.

El trabajo de Broda se articula mejor con el de Palerm en la parte que dedica ella a la época temprana de la Colonia, a cuya formación económica alude aquél en su ensayo "Sobre la formación del sistema colonial: apuntes para una discusión".

Los factores externos inciden vigorosamente en la formación del sistema colonial en lo que llegó a ser la Nueva España. El principal de todos fue la incorporación necesaria del imperio español al mercado mundial desde el siglo XVI, mediante la producción de la mercancía-moneda más preciada: el metal precioso y, en concreto, la plata. Las restricciones coloniales, paradójicamente, fueron las primeras en propiciarlas así, porque la metrópoli española, como la portuguesa, como Inglaterra, los Países Bajos y, en suma, todas las de la época, requería para su comercio internacional la plata. Las importaciones de Asia, por ejemplo, no hubieran sido posibles sin la divisa internacional que por entonces imperaba.

La hipótesis de Palerm trasciende al mundo interior de la Nueva España, porque sin la creación de los reales de minas

hubieran sido imposibles los polos de desarrollo agropecuarios. Los minerales de Guanajuato crearon el Bajío, por ejemplo.

Como el ensayo anterior, el de J.I. Israel ("México y la crisis general del siglo XVII") trata de ubicar a la entonces Nueva España en el contexto mundial. Tal crisis se da en Europa Central y Oriental, motivada, entre otros acontecimientos, por la destructiva Guerra de los Treinta Años (a partir de 1618) hasta el último tercio de esa centuria.

Concluye el autor que los disturbios ocurridos en México de 1620 a 1664 tienen vinculación con la crisis europea de ese siglo por las siguientes causas: el estancamiento económico, la disminución de la demanda de mercancías españolas y la retención de plata por España para la defensa del Caribe y el Pacífico, todas las cuales contribuyeron a deprimir el comercio atlántico español, así como las remesas de México a la metrópoli. Agrega como causas los esfuerzos de ésta por mantener el predominio hispánico en Europa Occidental, lo que implantó una política de austeridad en España, dictada por el conde-duque de Olivares, que se resolvió en desmesurada presión fiscal sobre México y la consecuente inestabilidad de los virreinos de Gelves, Palafox y Albuquerque.

El ensayo de Claude Morin, "Sentido y alcance del siglo XVIII en América Latina: el caso del centro-oeste mexicano", contempla el problema desde la perspectiva de los factores externos. Ese centro-oeste es el Bajío, con el importante desarrollo minero de Guanajuato.

Tiene el autor la perspicaz observación de que el desarrollo de los intercambios internacionales causa un endurecimiento de los lazos de dependencia en Nueva España. Quienes participan en el circuito monetario (comerciantes, mineros, alcaldes mayores y hacendados) son hostiles a la ampliación del circulante, porque su escasez les resulta ventajosa en sus relaciones con sus explotados. Dominan mejor los mecanismos de precios y salarios en la medida en que es rara la moneda. Se constituyen en intermediarios obligatorios entre quienes viven en la economía natural y los que disponen de recursos monetarios.

Agrega Morin que diversos indicadores obligan a concluir que había ocurrido una degradación de las condiciones de vida de las clases populares, con la consiguiente exasperación en las relaciones entre los grupos étnicos. Son tiempos en que se viene preparando la futura Revolución de Independencia en los albores del siglo XIX.

Las "características generales de la economía mexicana en el siglo XIX", de John H. Coatsworth, da la impresión de una monografía laboriosa, apasionada, erudita, pero con poca sabiduría. Una de las mejores antítesis de este trabajo sería el ensayo de Brading en este mismo libro, sobre el mercantilismo del siglo XVIII y todo lo que ya no se discute sobre la decadencia del Imperio español desde el reinado de Felipe II. Una de sus afirmaciones ciertas, pero que contradice a otras que Coatsworth mismo hace, es que hasta bien entrado el Porfiriato pudo el país salir verdaderamente de las condiciones coloniales en que había venido viviendo a través del siglo XIX. El modelo intentado, según propias palabras del autor,

para explicar la transición al capitalismo en la segunda parte del siglo pasado, queda lejos de su intento. Es de lamentarse, porque de esas explicaciones estamos necesitados. Además, el autor presenta estimaciones del ingreso nacional de México en varios años del siglo XIX, comparándolas con cifras de Brasil, la Gran Bretaña y Estados Unidos, y ofrece “hipótesis que puedan explicar el relativo atraso del país en 1800 y la tendencia del ingreso nacional después de esa fecha”. Resulta impresionante, en este trabajo, el acopio de datos y todo el andamiaje cuantitativo.

No cabe duda que el lector sale ganancioso en cuanto a información y riqueza de nuevas interpretaciones con la lectura de este libro que el doctor Enrique Florescano compiló, en buena hora, para la obra editorial del Fondo de Cultura Económica. *Luis Córdova*.

LA INTEGRACION AL ETNOCIDIO

Robert Jaulin (comp.), *La des-civilización. Política y práctica del etnocidio*, Editorial Nueva Imagen, México, 1979, 127 páginas.

La lengua adquiere términos nuevos para expresar las formas también nuevas de la civilización, aunque en el caso de la palabra etnocidio se trata de expresar los avances de la des-civilización.

Parecería que el vocablo genocidio, la supresión sistemática de un grupo social por motivo de raza, de religión o de política, resulta estrecho para señalar esos exterminios que surgen más y más en distintas partes del globo. Así, se acuña la palabra etnocidio, la aniquilación totalizadora de una raza o nación cuyos antecedentes más descarnados y menos lejanos se encuentran, sin ir más lejos, en la política de aniquilar a los judíos que llevó a cabo el nazismo durante la segunda guerra mundial.

En realidad, se diría que la diferencia entre genocidio y etnocidio es de grado. ¿Quién puede afirmar que Somoza no intentaba perpetrar el etnocidio del pueblo de Nicaragua? Y de no haber sido ejecutado el 29 de agosto último, Macías Nguema, el psicópata que dirigía los tristes destinos de Guinea Ecuatorial, aún continuaría exterminando a sus conciudadanos, así como despojando y aniquilando a ese país, antes rico en cacao y café.

El libro que se comenta contiene una serie de artículos compilados por Robert Jaulin, en los que varios autores analizan las diversas formas de “etnocidio” que se llevan a cabo en muchas regiones del mundo. Escribe Jaulin que esa palabra le fue sugerida por Jean Malaurie para sustituir el término “genocidio cultural”, aplicado antes para referirse al exterminio de las poblaciones indígenas. Afirma que durante muchos años se ha querido evitar la utilización de dicho término, aunque “después de las guerras de Argelia, Vietnam, Paquistán, Biafra, Sudán, Hungría, Checoslovaquia (*sic*) y Chile” se tuvo que reconocer que se había iniciado una serie de procesos etnocidas. Si hoy tiene vigor dicho término “es porque la humanidad —es decir, un conjunto de civilizaciones distintas— está bastante unificada, ha sido suficientemente

destruida, o está a punto de serlo, para que se le dé la libertad de hacerse cargo de nuestra muerte común”.

Así, estamos incluidos en un proceso de destrucción de las civilizaciones que no sólo alcanza a las culturas indígenas, que subsisten marginadas en la profundidad de la selva amazónica o en Africa Subecuatorial, sino que llega, incluso, a miembros de las poblaciones de los países industrializados. Afirma Jaulin que en las clases de primaria se enseña a los niños franceses el silabario de las doctrinas etnocidas, doctrinas que se aplican en los emigrados argelinos, árabes o africanos encargados de realizar los trabajos más ingratos y peor remunerados de la demócrata Francia.

“El problema de la creación de un universo negativo —escribe Jaulin— es al mismo tiempo el problema de la instauración de una humanidad en singular, de una humanidad única, cuyo modelo actual son los siniestros Estados Unidos de América. Una civilización negativa tal no funciona más que en la medida en que pueda funcionar a costa de los demás.” Al no soportar a las demás civilizaciones, la occidental demuestra que no es más que una “des-civilización”, y “hace lo que puede por destruir”. A eso se le llama “integración” (que no es otra cosa que el mito social de la abundancia), por medio de la cual se han destruido, en gran parte, otras formas de vida de ningún modo inferiores a la occidental.

“Basta con vivir algunos años con tribus negras o indígenas para advertir los estragos. Si es que hay salvajes, somos nosotros, mientras que del otro lado se encuentran hombres que aún saben lo que es la opulencia discreta y modesta de una relación humana de positiva calidad.” A pesar de dicha relación humana, muchas personas sólo aceptan lo que les parece “folclórico”, y llegan a desear el exterminio de los indígenas al tiempo que la supervivencia de sus creaciones. Ignoran o desdeñan las circunstancias que hacen que distintos pueblos sean capaces de crear. Para Jaulin, “todo hombre que sabe conservar la fresca ingenua de la naturaleza en sus órganos, es capaz de plasmar sobre una tela, o modelar con el barro, de componer un son o de expresar con las palabras de su lengua los aspectos de una realidad todavía desconocida e incluso insospechada. Su ojo ve lo no visto, sus oídos oyen lo no oído, su mano palpa lo no palpado. ¿Por qué? Sencillamente porque es él”.

Añade Jaulin que “tras los objetos y costumbres folclóricas se esconde el asesinato constante de múltiples civilizaciones”. Sin embargo, al mismo tiempo, la humanidad da vuelcos inesperados, puesto que a pesar de todo lo dicho “hoy hay tantos indígenas como los había en el siglo XVI en los Andes”, incluso en México, “en donde [durante] los 50 años que siguieron a la Conquista murió 90% de los que había”.

Los autores de la obra comparten la opinión del compilador y afirman que al lado de las últimas comunidades indígenas, de los campesinos y artesanos, es donde “hay que aprender la lección, porque el problema de las mayorías es el de la minoría”.

La parte medular del libro la constituyen los escritos relacionados con los habitantes nativos de América del Norte, los llamados comúnmente “pieles rojas”, a causa de

las pinturas con que se embadurnaban el rostro. Los autores de estos artículos —Roger Renaud y el propio Jaulin— opinan que a los indígenas de Estados Unidos les repugna la sociedad de consumo, el despilfarro de recursos, la contaminación y la devastación de una tierra sagrada para ellos. Al igual que sus ancestros, afirman los autores, no exigen que los blancos adopten sus costumbres, pero sí demandan que las respeten. Según Renaud, con sus cantos, danzas y festejos, los indios de Estados Unidos “demuestran que pertenecen a un pueblo que aún tiene alma”.

Un alma diferente a la de “la América de los Estados Unidos —señala Jaulin—, ese ejemplo avanzado de Occidente, imagen de la soledad, de la peligrosa mediocridad y de la catástrofe; una catástrofe de vivir a la cual vamos si no se recupera el plural, los otros y el mundo, la Tierra y las estrellas. Conducir al mundo a esa catástrofe es parte del etnocidio, la des-civilización que busca eliminar la libertad de existir de las civilizaciones o sus diferencias”.

Añaden los autores que los numerosos pueblos indios de América del Norte han perdido hasta sus lenguas y ahora casi todos hablan inglés, con lo cual los idiomas autóctonos están cayendo rápidamente en el olvido. ¿No es ésa, pensamos, una diferencia fundamental entre aquellos que antes mantenían un conjunto de tradiciones, religiones, mitos, hábitos y vestidos y la población llamada “blanca”? ¿No es la lengua, precisamente, lo que aún unifica a los remanentes de las más importantes culturas indígenas, como son la maya, la inca o la araucana, por citar sólo unas cuantas? La lengua acompaña a la génesis y a la evolución de los pueblos, transmite y preserva sus culturas.

A juicio nuestro, los trabajos que dedican los autores a ilustrar la situación del American Indian Movement (AIM) describen un estado de cosas que ya no se hermana con la realidad actual. Las transformaciones que ocurren en Estados Unidos se reflejan también en los constantes cambios de su propia lengua. Su rapidez es tal que determinados hechos, ocurridos a principios del presente decenio, ya han pasado a enriquecer los libros de historia.

En la actualidad, ni toda la fuerza del AIM (“organización espiritual”, dicen los autores) podrá detener la nueva etapa por la que atraviesan las comunidades indígenas en Estados Unidos.

De acuerdo con Howell Raines (“Struggling for Power and Identity”, *New York Times Magazine*, Nueva York, 11 de febrero de 1978) los 50 millones de acres de tierra que yacían desdeñados y estériles, que en su mayor parte integran las reservas indias, contienen cerca de la tercera parte del carbón del oeste de Estados Unidos y la mitad del uranio del país, además de una cantidad de petróleo tan grande como para deslumbrar a los millonarios de Texas. Ciertamente es que para los indios conservadores, para quienes las tradiciones tribales no pueden desaparecer, semejantes perspectivas de bonanza no son más que el cáncer que padecen los navajos empleados en las minas de uranio, uno de los peligros mortales surgido por aceptar los negocios de los blancos en el país indio. Para ellos, el *Indian Country* es algo más que esas tierras desperdigadas, son las entrañas de la Madre Tierra.

La mayoría de los ancianos añora vivir como en su niñez y en su juventud, protegiendo el verdor de la pastura, la salud de los rebaños y el cultivo de las tierras. Otros más, como el navajo que organizó a los indios conservadores para rechazar la construcción de una planta de gas dentro del área de la reservación, opinan que el Gobierno de Estados Unidos y las compañías de energéticos intentan convertir las tierras indias en “áreas de sacrificio nacional”, lo que equivale al “genocidio espiritual y físico”. Y de acuerdo con un profesor sioux que dirige el Centro de Derecho Indígena en la Universidad de Nuevo México, es perjudicial para los indios hacerles creer que se enriquecerán con el dinero de otros estadounidenses.

Empero, son más quienes comparten la posición opuesta. Con el dirigente del pueblo navajo a la cabeza, asimismo presidente del Consejo de Recursos Energéticos de las Tribus (CERT), esa mayoría opina que esta organización equivale a la OPEP india y ha decidido emplear las tácticas de los blancos, afirmando su autodeterminación, su soberanía y el derecho a ejercerla.

Es verdad, como afirman los autores, que los indígenas de Estados Unidos son pacíficos por tradición. Según el articulista neoyorkino, el gobierno de la mayoría de las tribus es en tal forma democrático que es casi imposible encontrar a alguien que imagine siquiera el surgimiento de (por ejemplo) un Martin Luther King que abogue por todos los indios de Estados Unidos. Dentro de las tribus, un sioux se considera —y es— diferente a un navajo o a un cherokee.

Entre los extremos de tradicionalismo tribal, por un lado, y aculturación con las mayorías blancas, por otro, existe una gama de actitudes en tal forma variada que vuelve casi imposible cualquier intento de unificación entre las diversas minorías indígenas. Existe, además, una brecha cultural casi infranqueable entre los 650 000 miembros de esas comunidades que viven en o cerca de las reservas y los 350 000 que forman los “ghetos rojos” de Minneapolis, Chicago, Los Angeles y otras ciudades.

¿Es verosímil —se pregunta Raines— que la historia demande el castigo de un país de tantos millones de personas a favor de una minoría que se resiste con obstinación al proceso que les ha traído prosperidad a otras minorías empobrecidas? Para este autor las respuestas son tan diversas como lo son las tierras, y quienes las habitan, de un país indio que se extiende desde los corredores de la Oficina de Asuntos Indígenas de Washington hasta las montañas de arena roja de Arizona y Nuevo México.

La mayor parte de los jóvenes que han logrado vencer los obstáculos de las grandes ciudades opina que el único contacto que les queda con sus antiguas culturas son las ceremonias y conferencias que —como afirman Jaulin y Renaud— aún reúnen a grandes grupos indígenas, aunque dichas celebraciones ya ni siquiera se destacan por sus vestimentas originales, puesto que en los atavíos predominan las telas sintéticas y los colores artificiales.

Al igual que otras minorías, los indios de Estados Unidos luchan de dos formas: unos contra la pobreza, otros dentro de la pobreza. Empero, en su situación hay algo que los

distingue de los argelinos, de los incas o de los bretones. Esa diferencia, creemos, deberían mostrárnosla los etnólogos capaces de reunir una serie de escritos tan agudos e interesantes como los que componen la obra.

Sólo nos resta, en suma, añadir que la productiva (y educativa) Editorial Nueva Imagen debería cuidar más la traducción y edición de textos como el que se reseña. *Graciela Phillips.*

obras recibidas

Francisco Alba

La población de México: evolución y dilemas, El Colegio de México, México, 1979, VIII + 191 páginas.

Banco Nacional de Crédito Rural

Ganadería lechera, Serie Técnica, núm. 1, México, s.f., VII + 70 páginas.

Ley General de Crédito Rural, Serie Documentos, núm. 1, México, 1978, VI + 72 páginas.

Angel Bassols Batalla

México. Formación de regiones económicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979, 625 páginas.

Enzo del Búfalo y Edgar Paredes

El pensamiento crítico latinoamericano, Ediciones Nueva Sociología, México, 1979, 235 páginas.

Controversia (para el examen de la realidad argentina), núm. 1, México, octubre de 1979, 32 páginas (mensual).

Juan Manuel Frago, Elvira Concheiro y Antonio Gutiérrez
El poder de la gran burguesía, Ediciones de Cultura Popular, México, 1979, 343 páginas.

Antonio García

La estructura del atraso en América Latina. Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo, El Ateneo, Buenos Aires, 1978, XXXII + 364 páginas.

Brígida García, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira
Migración, familia y fuerza de trabajo en la ciudad de México, Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos, núm. 26, El Colegio de México, México, 1979, 29 páginas.

Luis González

Historia de la Revolución mexicana. Período 1934-1940; t. 14: *Los artífices del cardenismo*, El Colegio de México, México, 1979, x + 271 páginas.

Fernán González G.

Educación y Estado en la historia de Colombia, serie Controversia, núm. 77, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), Bogotá, 1979, 156 páginas.

Moisés González Navarro

Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén, El Colegio de México, México, 1979, x + 392 páginas.

Institute of Developing Economies

Catalogue of Statistical Materials of Developing Countries, 1978, Tokio, 1978, XXVIII + 349 páginas.
Input-Output Table Singapore, 1972 (Input-Output Re-

search Project Singapore, 1972), IDE Statistical Data Series, núm. 27, Tokio, 1979, VI + 147 páginas.

World Trade Matrix 1964-1976, IDE Statistical Data Series, núm. 26, Tokio, 1979, x + 201 páginas.

Victoria Lerner

Historia de la Revolución mexicana. Período 1934-1940; t. 17: *La educación socialista*, El Colegio de México, México, 1979, VIII + 199 páginas.

Kazimierz Leszcynski

Métodos de selección de proyectos de inversión, trad. del francés de Hugo F. Ordóñez Salazar, Programa Académico de Administración de Empresas, Universidad Nacional de Tacna, Perú, 1979, 94 páginas.

Luis Medina

Historia de la Revolución mexicana. Período 1940-1952; t. 20: *Civilismo y modernización del autoritarismo*, El Colegio de México, México, 1979, x + 205 páginas.

Hugo Ordóñez Salazar

Indicadores básicos del crecimiento económico: mundial-continental y nacional, Colegio de Economistas de Tacna, Perú, 1979, IV + 117 páginas.

Marco Palacios

El café en Colombia (1850-1970). Una historia económica, social y política, Ed. Presencia-Fundación para la Educación Superior y el Desarrollo, Bogotá, 1979, XVIII + 429 páginas.

Ernesto Parra E.

Economía colombiana, 1979. La nueva política económica, Serie Controversia, núm. 75-76, CINEP, Bogotá, 1979, 108 páginas.

Rafael Trueta Santiago y Antonio Hernández Velasco

La raza charolais, Serie Técnica, núm. 6, Banco Nacional de Crédito Rural, México, 1979, 45 páginas.

Varios autores

Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectiva, El Colegio de México, México, 1979, VI + 332 páginas.

Memoria del simposio El petróleo nacionalizado en la lucha por la independencia económica de América Latina, Unidad Latinoamericana-Instituto de Estudios y Defensa de los Recursos Naturales y Culturales de México, A.C., México, 1978, 173 páginas.

Las perspectivas del petróleo mexicano, Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, México, 1979, x + 403 páginas. □